

¿ES SOLO UN CASO AISLADO?

Mireya Escalante

Es viernes, final de la semana. Son las cinco de la tarde...

Cheo es un obrero de Cadafe, acaba de terminar sus labores de la semana, se fija y no aparece en el cartel donde se anotan las guardias, pasa aliviado por caja y recibe su sobre. De allí a la parada, rumbo a casa; mientras espera una larga media hora para tomar la buseta, piensa en el hijo menor: se lo llevaron esta madrugada para el hospital, tenía una diarrea muy fuerte y vómitos.

— “Es esa maldita agua que tomamos; tenemos tres años esperando por el acueducto, y el gobierno no lo ha terminado. Hace tres años terminamos el nuestro; trabajamos todos los del barrio ¿cuántos fines de semana? ¿Para qué? Si lo teníamos que empatar con el que construía el gobierno y ya lo iban a inaugurar... Han pasado tres años, y nada, no lo han terminado ni este gobierno, ni el anterior. Pura pérdida, son todos igualitos. Y sólo porque hay un pesado que no deja que lo terminen porque le afecta sus tierras y nadie tiene pantalones”.

Al fin llega la buseta; es otra media hora más de calor y empeñones en un recorrido interminable de paradas y arrancadas hasta llegar al terminal. Al bajarse se encuentra con Ramón, su vecino; viene todo sucio y sudoroso. Le cuenta que acaba de terminar un pozo séptico, pero se las vio duro porque eso es pura piedra.

— “Pero, mano, estoy contento, llevo 800,00 bolívares para la casa”.

Cheo invita a una cervecita para animarse a subir las escaleras, porque comienza a llover y el piso se pone resbaloso; además, con lo empujado de la cuesta, hay que coger fuerzas.

Se despiden al llegar, y quedan en que se verán más tarde en el tanque.

A Cheo lo recibe su mujer; le cuenta lo del niño, que está mucho mejor, pero que en el Hospital no lo pudieron atender; había huelga, porque a los médicos como que no les han pagado; tuvo que llevarlo a un consultorio. Le pidió plata para pagarle a la comadre, que le prestó también para las medicinas y para pagar el “fiao” que sacó en la bodega para la comida. Con todo le quedan dos marrones que se guarda en la camisa.

Después de comerse unos espaguetis, atormentado por la bulla de los muchachos y sin ánimo de ver la novela, se

va para el tanque a conversar.

...Son las 8:30 de la noche.

A esa misma hora, el Comandante de la Policía está saliendo de Misa con su señora; se celebra un matrimonio muy sonado en la ciudad; el chofer los lleva al Club donde va a realizarse la recepción. Está pensando, sin querer, en las cosas del trabajo. Esta mañana lo llamó el Gobernador; le dijo medio molesto que algo había que hacer; estaban saliendo en los periódicos de la localidad muchas noticias sobre asaltos y robos; que la política del gobierno, en boca del Vice-Ministro del Interior, era que se habría disminuido el índice de delincuencia en el país... Pero es mejor no pensar en eso, esta noche hay un operativo en la ciudad.

A las 10:00 de la noche, llega una patrulla al tanque...

A punta de fusil, piden cédulas y esposan a los hombres de a dos en dos, los hacen caminar de prisa hasta la jaula estacionada más abajo, los montan y se van; a los diez minutos de recorrido en un sitio solitario cerca de otro barrio los bajan.

Cheo protesta, pregunta — “¿Por qué? ¿Qué pasa?” Lo amenazan y lo instan a que se calle.

Los obligan a caminar de manos agarradas, mientras se burlan y se ríen.

Ramón no aguanta, reclama y se queja; la respuesta viene enseguida en forma de cachetada. Le dicen:

— “Tú eres de esos alzaos del barrio; hasta cobrador de peaje debes ser”.

Lo registran y le encuentran los 800 bolívares.

— “Te fijas, yo sabía”.

— “Dame acá eso. Están decomisados”.

Cheo reclama, se enfurece, lo calla un culatazo en el estómago; siente cómo sacan de su camisa los dos marrones. Le dicen que muy bonita la camisa, que a uno de ellos le quedaría bien, que se la quite; Cheo duda, pero la actitud del policía lo convence; se la quita.

Son las 12:00 de la noche...

La patrulla se va, Ramón, Cheo y los otros se quedan ahí, solos, tristes, callados; hay un largo trecho hasta sus casas. Comienzan a caminar lentamente y en silencio. Hace frío, comienza a llover.

Al comenzar la lluvia, el comandante y su señora se van temprano a casa.

El domingo en la noche manda un boletín de prensa al periódico. El titular del Martes: “DOSCIENTOS DETENIDOS POR DIFERENTES CAUSAS”. Más abajo: “Durante el patrullaje fueron detenidos borrachitos, guapetones de barrios, cobradores de peaje, presuntos consumidores de drogas, desvalijadores de vehículos y otros sospechosos que fueron sorprendidos deambulando a altas horas de la noche por aquellos sitios considerados como zonas rojas”. (Diario Frontera, 27/05/86).

El juicio de los hechos se lo dejó a ustedes. Sólo quisiera agregar que como cristianos tenemos una Instrucción sobre la Libertad y Liberación aprobada por Juan Pablo II el 22/03/86, de la cual sólo quisiera transcribir un pequeño párrafo:

“Es por tanto, plenamente legítimo que quienes sufren la opresión por parte de los detentores de la riqueza o del poder político actúen, con medios moralmente lícitos, para conseguir estructuras e instituciones en los que sean verdaderamente respetados sus derechos” ()

Lamentablemente, cuando los cristianos venezolanos leemos esto, pensamos: unos, que sólo se sufre opresión en Chile, y otros, que en Nicaragua. Pero los hechos relatados, donde evidentemente no se “asegura... el ejercicio de los derechos del hombre, protegiéndolos igualmente contra los posibles abusos por parte de los poderes públicos” (I.L.L. 95) (subrayado mío), sucedieron en Venezuela, Mérida, Ciudad de Mérida, en el Barrio La Loma de Los Maites, el viernes 23 de mayo de 1986.

